

EEUU no derrotó al fascismo en la Segunda Guerra Mundial, lo internacionalizó discretamente

GABRIEL ROCKHILL :: 24/11/2020

Fue redistribuido para cumplir su función histórica principal: destruir el comunismo ateo y su amenaza para la misión civilizadora capitalista

«EEUU se ha establecido como el enemigo mortal de todos los gobiernos del pueblo, de toda movilización científico-socialista de la conciencia en el mundo, de toda actividad antiimperialista en la Tierra.»

- George Jackson

Uno de los mitos fundacionales del mundo contemporáneo Occidental es que el fascismo fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial por las democracias liberales, y particularmente por los EEUU. Con los subsiguientes juicios de Nuremberg y la paciente construcción de un orden mundial liberal, se erigió un baluarte, a trompicones y con la constante amenaza de regresión, contra el fascismo y su gemelo malvado en Oriente. Las industrias culturales estadounidenses han ensayado este relato hasta la saciedad, convirtiéndolo en un Kool-Aid ideológico empalagoso y canalizándolo en cada hogar, choza y esquina de la calle con un televisor o teléfono inteligente, yuxtaponiendo incansablemente el mal supremo del nazismo con la libertad y la prosperidad de la democracia liberal.

Sin embargo, el registro material sugiere que este relato se basa en realidad en un antagonismo falso y que es necesario un cambio de paradigma para comprender la historia del liberalismo y el fascismo realmente existentes. Este último, como veremos, lejos de ser erradicado al final de la Segunda Guerra Mundial, fue realmente reutilizado, o más bien redistribuido, para cumplir su función histórica principal: destruir el comunismo ateo y su amenaza para la misión civilizadora capitalista.

Dado que los proyectos coloniales de Hitler y Mussolini se habían vuelto tan descarados y erráticos, ya que pasaron de seguir más o menos las reglas del juego liberales a romperlas abiertamente y luego volverse loco, se entendió que la mejor manera de construir la internacional fascista era hacerlo bajo una cobertura liberal, es decir, mediante operaciones clandestinas que mantuvieran una fachada liberal. Si bien esto probablemente suena como una hipérbole para aquellos cuya comprensión de la historia ha sido formateada por la ciencia social burguesa, que se centra casi exclusivamente en el gobierno visible y la cobertura liberal antes mencionada, la historia del gobierno invisible del aparato de seguridad nacional sugiere que el fascismo, lejos de haber sido derrotado en la Segunda Guerra Mundial, fue internacionalizado con éxito.

Los arquitectos de la internacional fascista

Cuando EEUU entró en la Segunda Guerra Mundial, el futuro jefe de la CIA, Allen Dulles, lamentó que su país estuviera luchando contra el enemigo equivocado. Los nazis, como explicó, eran cristianos arios procapitalistas, mientras que el verdadero enemigo era el

comunismo ateo y su rotundo anticapitalismo. Después de todo, EEUU había formado parte, sólo unos 20 años antes, de una intervención militar masiva en la U.R.S.S., cuando catorce países capitalistas buscaban, en palabras de Winston Churchill, «estrangular al bebé bolchevique en su cuna». Dulles comprendió, como muchos de sus colegas en el gobierno de EEUU, que lo que más tarde se conocería como la Guerra Fría era en realidad la vieja guerra, como Michael Parenti ha argumentado de manera convincente: la que habían estado luchando contra el comunismo desde sus inicios.

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, el general Karl Wolff, exmano derecha de Himmler, fue a ver a Allen Dulles en Zurich, donde trabajaba para la Oficina de Servicios Estratégicos, la organización predecesora de la CIA. Wolff sabía que la guerra estaba perdida y quería evitar ser llevado ante la justicia. Dulles, por su parte, quería que los nazis en Italia bajo el mando de Wolff depusieran las armas contra los aliados y ayudaran a los estadounidenses en su lucha contra el comunismo. Wolff, quien fue el oficial de las SS de mayor rango que sobrevivió la guerra, le ofreció a Dulles la promesa de desarrollar, con su equipo nazi, una red de inteligencia contra Stalin. Se acordó que el general que había desempeñado un papel central en la supervisión de la máquina genocida de los nazis y que expresó su «alegría especial» cuando consiguió trenes de carga para enviar a 5.000 judíos al día a Treblinka, estaría protegido por el futuro director de la CIA, que lo ayudó a evitar los juicios de Nuremberg.

Wolff estaba muy lejos de ser el único alto funcionario nazi protegido y rehabilitado por la OSS-CIA. El caso de Reinhard Gehlen es particularmente revelador. Este general del Tercer Reich había estado a cargo de *Fremde Heere Ost*, el servicio de inteligencia nazi dirigido contra los soviéticos. Después de la guerra, fue reclutado por la OSS-CIA y se reunió con todos los principales arquitectos del Estado de Seguridad Nacional de la posguerra: Allen Dulles, William Donovan, Frank Wisner, el presidente Truman. Luego fue designado para encabezar el primer servicio de inteligencia alemán después de la guerra, y procedió a emplear a muchos de sus colaboradores nazis. La Organización Gehlen, como se la conocía, se convertiría en el núcleo del servicio de inteligencia alemán. No está claro cuántos criminales de guerra contrató este nazi condecorado, pero Eric Lichtblau estima que unos cuatro mil agentes nazis se integraron en la red supervisada por la agencia de espionaje estadounidense.

Con una financiación anual de medio millón de dólares de la CIA en los primeros años después de la guerra, Gehlen y sus hombres fuertes pudieron actuar con impunidad. Yvonnick Denoël explicó este cambio con notable claridad: “Es difícil entender que, ya en 1945, el ejército y los servicios de inteligencia estadounidenses reclutaron sin escrúpulos a excriminales nazis. Sin embargo, la ecuación era muy simple en ese momento: EEUU acababa de derrotar a los nazis con la ayuda de los soviéticos. De ahora en adelante planearon derrotar a los soviéticos con la ayuda de los exnazis».

La situación fue similar en Italia porque el acuerdo de Dulles con Wolff era parte de una empresa más grande, llamada Operación Amanecer, que movilizó a nazis y fascistas para poner fin a la Segunda Guerra Mundial en Italia (y comenzar la Tercera Guerra Mundial en todo el mundo). Dulles trabajó mano a mano con el futuro director de contrainteligencia de la Agencia, James Angleton, que entonces estaba destinado por la OSS en Italia. Estos dos

hombres, que se convertirían en dos de los actores políticos más poderosos del siglo XX, demostraron de lo que eran capaces en esta estrecha colaboración entre los servicios de inteligencia estadounidenses, los nazis y los fascistas.

Angleton, por su parte, reclutó fascistas para poner fin a la guerra en Italia con el fin de minimizar el poder de los comunistas. Valerio Borghese fue uno de sus contactos clave porque este fascista de línea dura en el régimen de Mussolini estaba listo para servir a los estadounidenses en la lucha anticomunista, y se convirtió en una de las figuras internacionales del fascismo de posguerra. Angleton lo había salvado directamente de las manos de los comunistas, y el hombre conocido como el Príncipe Negro tuvo la oportunidad de continuar la guerra contra la izquierda radical bajo un nuevo jefe: la CIA.

Una vez que terminó la guerra, los altos funcionarios de inteligencia de EEUU, incluidos Dulles, Wisner y Carmel Offie, «trabajaron para garantizar que la desnazificación solo tuviera un alcance limitado», según Frédéric Charpier: «Generales, altos funcionarios, policías, industriales, abogados, economistas, diplomáticos, académicos y verdaderos criminales de guerra se salvaron y volvieron a ocupar sus puestos». El hombre a cargo del Plan Marshall en Alemania, por ejemplo, fue un exasesor de Hermann Göring, el comandante en jefe de la *Luftwaffe* (fuerza aérea). Dulles redactó una lista de altos funcionarios del estado nazi para protegerlos y hacerlos pasar por oponentes de Hitler. La OSS-CIA procedió a reconstruir los estados administrativos en Alemania e Italia con sus aliados anticomunistas.

Eric Lichtblau estima que más de 10.000 nazis pudieron emigrar a los EEUU en el período de posguerra (al menos 700 miembros oficiales del partido nazi habían podido ingresar a los EEUU en la década de 1930, mientras que los refugiados judíos eran rechazados). Además de unos pocos cientos de espías alemanes y miles de miembros del personal de las SS, la Operación Paperclip, que comenzó en mayo de 1945, trajo al menos a 1.600 científicos nazis a EEUU con sus familias. Esta empresa tenía como objetivo recuperar las grandes mentes de la máquina de guerra nazi y poner sus investigaciones sobre cohetes, aviación, armas biológicas y químicas, etc., al servicio del imperio estadounidense. La Agencia de Objetivos Conjuntos de Inteligencia se creó específicamente para reclutar nazis y encontrarles puestos en los centros de investigación, el gobierno, el ejército, los servicios de inteligencia o las universidades (participaron al menos 14 universidades, incluidas Cornell, Yale y MIT).

Aunque el programa excluía oficialmente a los ardientes nazis, al menos al principio, de hecho permitió la inmigración de químicos de IG Farben (que había suministrado los gases mortales utilizados en los exterminios masivos), científicos que habían utilizado esclavos en campos de concentración para hacer armas y médicos que habían participado en horribles experimentos con judíos, romaníes, comunistas, homosexuales y otros prisioneros de guerra. Estos científicos, que fueron descritos por un funcionario del Departamento de Estado opuesto a Paperclip como «los ángeles de la muerte de Hitler», fueron recibidos con los brazos abiertos en la tierra de los libres. Se les ofreció un alojamiento confortable, un laboratorio con asistentes y la promesa de ciudadanía si su trabajo daba frutos. Continuaron llevando a cabo investigaciones que se han utilizado en la fabricación de misiles balísticos, bombas de racimo de gas sarín y el armamento de la peste bubónica.

La CIA también colaboró con el MI6 para establecer ejércitos anticomunistas secretos en todos los países de Europa occidental. Con el pretexto de una posible invasión del Ejército Rojo, la idea era entrenar y equipar redes de soldados ilegales que se quedarían atrás, que permanecerían detrás de las líneas enemigas si los rusos se movían hacia el oeste. Serían así activados en el territorio recién ocupado y encargados de misiones de exfiltración, espionaje, sabotaje, propaganda, subversión y combate. Las dos agencias trabajaron con la OTAN y los servicios de inteligencia de muchos países de Europa Occidental para construir esta vasta organización sub-rosa, establecer numerosos depósitos de armas y municiones y equipar a sus soldados de las sombras con todo lo que necesitaban.

Para ello, reclutaron nazis, fascistas, colaboracionistas y otros miembros anticomunistas de la extrema derecha. Los números varían según el país, pero se estiman entre unas pocas docenas y varios cientos, o incluso algunos miles, por país. Según un informe del programa de televisión *Retour aux sources*, había 50 unidades de red en espera en Noruega, 150 en Alemania, más de 600 en Italia y 3.000 en Francia.

Estos militantes entrenados luego serían movilizados para cometer o coordinar ataques terroristas contra la población civil, que luego fueron atribuidos a los comunistas para justificar las represiones de «ley y orden». Según las cifras oficiales en Italia, donde esta estrategia de tensión fue particularmente intensa, se produjeron 14.591 actos de violencia por motivos políticos entre 1969 y 1987, que mataron a 491 personas e hirieron a 1.181. Vincenzo Vinciguerra, miembro del grupo de extrema derecha Ordine Nuovo y autor del atentado cerca de Peteano en 1972, explicó que los fascistas “Avanguardia Nazionale, como Ordine Nuovo, estaban siendo movilizados en la batalla como parte de una estrategia anticomunista originados no con organizaciones desviadas de las instituciones de poder, sino del propio Estado, y específicamente dentro del ámbito de las relaciones del Estado dentro de la Alianza Atlántica”.

Una comisión parlamentaria italiana que llevó a cabo una investigación de los ejércitos que se quedaron atrás en Italia, llegó a la siguiente conclusión en 2000: “Esas masacres, esas bombas, esas acciones militares habían sido organizadas o promovidas o apoyadas por hombres dentro de las instituciones estatales italianas y, como ha sido descubierto más recientemente, por hombres vinculados a las estructuras de la inteligencia de los EEUU.»

El Estado de Seguridad Nacional de EEUU También participó en la supervisión de las líneas de tráfico que exfiltraron a los fascistas de Europa y les permitieron reasentarse en lugares seguros en todo el mundo, a cambio de hacer el trabajo sucio. El caso de Klaus Barbie es uno entre miles, pero dice mucho sobre el funcionamiento interno de este proceso. Conocido en Francia como «el carnicero de Lyon», fue jefe de la oficina de la Gestapo allí durante dos años, incluido el momento en que Himmler dio la orden de deportar al menos a 22.000 judíos de Francia. Este especialista en ‘tácticas mejoradas de interrogatorio’, conocido por torturar hasta la muerte al coordinador de la Resistencia francesa, Jean Moulin, organizó la primera redada de la Unión General de Judíos en Francia en febrero de 1943 y la masacre de 41 niños judíos refugiados en Izieu Abril de 1944. Antes de llegar a Lyon, había dirigido salvajes escuadrones de la muerte, que habían matado a más de un millón de personas en el frente oriental, según Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair.

Pero después de la guerra, el hombre a quien estos mismos autores describen como el tercero en la lista de criminales de las SS más buscados estaba trabajando para el Cuerpo de Contrainteligencia (CIC) del Ejército de los EEUU. Fue contratado para ayudar a construir los ejércitos de permanencia reclutando a otros nazis y para espiar a los servicios de inteligencia franceses en las regiones controladas por Francia y EEUU en Alemania.

Cuando Francia se enteró de lo que estaba sucediendo y exigió la extradición de Barbie, John McCloy, el Alto Comisionado de los EEUU en Alemania, se negó alegando que las acusaciones se basaban en rumores. Sin embargo, al final resultó demasiado caro, simbólicamente, mantener una carnicería como Barbie en Europa, por lo que fue enviado a América Latina en 1951, donde pudo continuar su ilustre carrera. Instalado en Bolivia, trabajó para las fuerzas de seguridad de la dictadura militar del general René Barrientos y para el Ministerio del Interior y el ala contrainsurgente del Ejército boliviano bajo la dictadura de Hugo Banzer, antes de participar activamente en el Golpe de la Cocaína en 1980 y se convirtió en director de las fuerzas de seguridad bajo el mando del general Meza.

A lo largo de su carrera mantuvo estrechas relaciones con sus salvadores en el Estado de Seguridad Nacional de EEUU, desempeñando un papel central en la Operación Cóndor, el proyecto de contrainsurgencia que aglutinó dictaduras latinoamericanas, con el apoyo de EEUU, para aplastar violentamente a cualquier país. intento de levantamientos igualitarios desde abajo. También ayudó a desarrollar el imperio de la droga en Bolivia, incluida la organización de bandas de narco-mercenarios a quienes llamó «Los novios de la muerte», y cuyos uniformes se parecían a los de las SS. Viajó libremente en las décadas de 1960 y 1970, visitó los EEUU al menos siete veces, y lo más probable es que participó en la persecución organizada por la Agencia para matar a Ernesto “Che” Guevara.

El mismo patrón básico de integración de los fascistas en la guerra global contra el comunismo es fácilmente identificable en Japón, cuyo sistema de gobierno antes y durante la guerra ha sido descrito por Herbert P. Bix como «fascismo del sistema emperador». Tessa Morris-Suzuki ha demostrado de manera convincente la continuidad de los servicios de inteligencia al detallar cómo el Estado de Seguridad Nacional de EEUU supervisó y administró la organización KATO. Esta red de inteligencia privada, muy parecida a la organización Gehlen, estaba repleta de exmiembros destacados de los servicios militares y de inteligencia, incluido el Jefe de Inteligencia del Ejército Imperial (Arisue Seizō), quien compartía con su manejador estadounidense (Charles Willoughby) una profunda admiración para Mussolini.

Las fuerzas de ocupación estadounidenses también cultivaron estrechas relaciones con altos funcionarios de la comunidad de inteligencia civil japonesa durante la guerra (sobre todo Ogata Taketora). Esta notable continuidad entre el Japón de la preguerra y la posguerra ha llevado a Morris-Suzuki y otros académicos a mapear la historia japonesa en términos de un régimen de transguerra, es decir, uno que continuó desde antes hasta después de la guerra. Este concepto también nos permite dar sentido a lo que estaba sucediendo en la superficie en el ámbito del gobierno visible. En aras de la concisión, baste citar el caso notable del hombre conocido como el «Diablo de Shōwa» por su brutal gobierno de Manchukuo (la colonia japonesa en el noreste de China): Nobusuke Kishi. Gran admirador de la Alemania nazi, Kishi fue nombrado Ministro de Municiones por el primer ministro Hideki Tojo en

1941, con el fin de preparar a Japón para una guerra total contra EEUU, y fue él quien firmó la declaración oficial de guerra contra EEUU.

Después de cumplir una breve pena de prisión como criminal de guerra en la era de la posguerra, fue rehabilitado por la CIA, junto con su compañero de celda, el capo del crimen organizado Yoshio Kodama. Kishi, con el apoyo y el generoso respaldo financiero de sus manejadores, asumió el control del Partido Liberal, lo convirtió en un club de derecha de ex líderes del Japón imperial y ascendió para convertirse en Primer Ministro. «El dinero [de la CIA] fluyó durante al menos quince años, bajo cuatro presidentes estadounidenses», escribe Tim Wiener, «y ayudó a consolidar el gobierno de partido único en Japón durante el resto de la guerra fría.»

Los servicios de seguridad nacional de EEUU También han establecido una red educativa global para capacitar a combatientes procapitalistas, a veces bajo el liderazgo de nazis y fascistas experimentados, en las técnicas probadas y verdaderas de represión, tortura y desestabilización, así como propaganda y guerra psicológica.

La famosa Escuela de las Américas se estableció en 1946 con el objetivo explícito de entrenar a una nueva generación de guerreros anticomunistas en todo el mundo. Según algunos, esta escuela tiene la distinción de haber educado al mayor número de dictadores en la historia mundial. Cualquiera que sea el caso, es parte de una red institucional mucho más grande. Vale la pena mencionar, por ejemplo, las contribuciones educativas del Programa de Seguridad Pública: “Durante unos veinticinco años”, escribe el exoficial de la CIA John Stockwell, “la CIA, [...] entrenó y organizó a policías y paramilitares de todo el mundo en técnicas de control de población, represión y tortura. Se establecieron escuelas en los EEUU, Panamá y Asia, de las cuales se graduaron decenas de miles. En algunos casos, se utilizó como instructores a ex oficiales nazis del Tercer Reich de Hitler.»

El fascismo se globaliza bajo la cobertura liberal

El imperio estadounidense ha jugado así un papel central en la construcción de una internacional fascista al proteger a los militantes de derecha y alistarlos en la Tercera Guerra Mundial contra el ‘comunismo’, una etiqueta elástica extendida a cualquier orientación política que entrara en conflicto con los intereses de la clase dominante capitalista. Esta expansión internacional de los modos de gobierno fascistas ha llevado a la proliferación de campos de concentración, campañas terroristas y de tortura, guerras sucias, regímenes dictatoriales, grupos de autodefensa y redes del crimen organizado en todo el mundo. Los ejemplos podrían enumerarse ad nauseum, pero los reduciré en interés del espacio y simplemente invocaré el testimonio de Victor Marchetti, quien fue un alto funcionario de la CIA de 1955 a 1969: “Estábamos apoyando a cada dictador a medias, oligarquía que existía en el Tercer Mundo, siempre y cuando prometieran mantener de alguna manera el statu quo, lo que por supuesto sería beneficioso para los intereses geopolíticos, intereses militares, intereses de las grandes empresas y otros intereses especiales de EEUU.”

El historial de la política exterior de los EEUU desde la Segunda Guerra Mundial es probablemente la mejor medida de su contribución única a la internacionalización del fascismo. Bajo la bandera de la democracia y la libertad, según William Blum, EEUU:

- + Se esforzó por derrocar a más de 50 gobiernos extranjeros.
- + Interfirió gravemente en elecciones democráticas en al menos 30 países.
- + Intentó asesinar a más de 50 líderes extranjeros.
- + Arrojó bombas sobre la gente de más de 30 países.
- + Intentó reprimir un movimiento populista o nacionalista en 20 países.

La Asociación para la Disidencia Responsable, compuesta por 14 exoficiales de la CIA, calculó que su agencia fue responsable de matar a un mínimo de 6 millones de personas en 3.000 operaciones mayores y 10.000 operaciones menores entre 1947 y 1987. Estos son asesinatos directos, por lo que las cifras no dan cuenta de las muertes prematuras bajo el sistema mundial capitalista respaldado por los fascistas debido al encarcelamiento masivo, la tortura, la desnutrición, la falta de agua potable, la explotación, la opresión, la degradación social, las enfermedades ecológicas o curables (en 2017, según la ONU, 6,3 millones de niños y jóvenes adolescentes fallecieron por causas evitables vinculadas a las desigualdades socioeconómicas y ecológicas del Capitaloceno, lo que equivale a la muerte de un niño cada 5 segundos).

Para establecerse como la hegemonía militar global y el perro guardián internacional del capitalismo, el gobierno de los EEUU y el Estado de Seguridad Nacional han contado con la ayuda de un número significativo de nazis y fascistas que integró en su red global de represión, incluidos los 1.600 nazis traídos al país. EEUU a través de la Operación Paperclip, los 4.000 aproximadamente integrados en la organización Gehlen, las decenas o incluso cientos de miles que se reintegraron a los regímenes de 'posguerra', o más bien de transguerra, en los países fascistas, el gran número a los que se les dio paso El patio trasero del Imperio, América Latina y otros lugares, así como los miles o decenas de miles integrados en los ejércitos secretos de la OTAN. Esta red mundial de asesinos anticomunistas experimentados también se ha utilizado para entrenar ejércitos de terroristas en todo el mundo para participar en guerras sucias, golpes de estado, esfuerzos de desestabilización, sabotajes y campañas terroristas.

Todo esto se ha hecho al amparo de una democracia liberal y con la ayuda de sus poderosas industrias culturales. El verdadero legado de la Segunda Guerra Mundial, lejos de ser el de un orden mundial liberal que había derrotado al fascismo, es el de una verdadera internacional fascista desarrollada bajo la cobertura liberal para intentar destruir a quienes realmente habían luchado y ganado la guerra contra el fascismo: los comunistas.

counterpunch.org. Traducido por Roberto Acevedo para Rebelión. Extractado por La Haine.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/eeuu-no-derroto-al-fascismo>